

TEXTO UT SUPRA.

En todas las páginas de ese libro sagrado, inspiracion del cielo, cuya primera con la última letra forman la cadena misteriosa por donde nuestras oraciones suben y las gracias bajan, oireis un eco de justicia que nace en el paraiso, llega á Belem, repitiéndose lastimeramente en las áridas piedras del Calvario. Libro tan maravilloso, narra muy poco del nacimiento de María, no obstante que era el tallo preciosísimo de quien brotaria la flor Jesús cuyo aroma es Dios; poco tambien habla de su muerte, dando con ello una prueba más de los altos juicios que la Providencia cumple. En la frénte de María, donde se refleja el cielo, brilla tan fulgurante el sello de Madre de Dios, que palidece el de hija de Adan, su filiacion humana queda casi envuelta en las sombras misteriosas del silencio, al paso que su maternidad divina resuena, aún ántes de su natividad, en los suspiros congojosos de los patriarcas, en la espectacion de la ley natural y escrita, y despues, llega en el presente á la vida de las sociedades, á la ciencia que eleva los entendimientos, á la ley y al derecho que enaltece la dignidad humana, á la religion divina que santifica los espíritus; llenando toda nuestra existencia con su intercesion misericordiosa, como el sol la tierra con esplendorosos rayos; intercesion que sólo la Señora puede conceder en tan alto grado, por que sólo ella la ha recibido de Jesús hombre su hijo, como Dios, hijo de Dios.

La vida de Jesús y la de María se encuentran indestructiblemente ligadas, ésta es un pequeño bosquejo de Aquél, segun expresion del inmortal Bosuet, que político como Tucídides, tan moral como Xenofontes, tan elocuente como Tito Livio y tan profundo como Tácito, desplegando las brillantes alas de su elevado génio ha legado á la posteridad imágenes y conceptos que arrebatan en honor de la celeste Reina. Si nada ha sido hecho en el mundo sin Jesús, nada ha sido rehecho sin María; cuanto se diga en alabanza de Cristo y del catolicismo, que es la manifestacion de la religion cristiana, otro tanto es aplicable á la Virgen.

Colocado el pentágrama religioso, escuchemos las melodías que producen las notas argumentos.

Lo que más rebaja la personalidad, es el desconocimiento de los deberes y derechos inherentes al hombre, reciprocidad indispensable para el sostén de una sociedad bien organizada; sin éstos es imaginaria, utópica, toda constitucion social ó religiosa, seria grabar letras en la movible superficie de las aguas; sin aquéllos, dominado el corazon por fatal influjo de soberbia, aguijoneado con el insaciable afan de mando que todo lo vastardea, no veria en sus prójimos más que séres inferiores, extinguendo con maldito soplo el fuego divino

de la inteligencia, y forjando en el yunque de la ignominia al golpe de tiránica mano pesadas cadenas conque aherrojar la vida, soplo y cadenas que matan en el hombre la libertad que le honra y el pensamiento que le inmortaliza.

La religion es patria del espíritu, como la tierra lo es del cuerpo; si el revoltoso pez de plateadas escamas necesita del agua, su elemento; y los pulmones el aire para latir con movimientos de sístole y diástole; el alma experimenta por razon de su origen sed inestinguible de una religion positiva, ante cuyos altares de hinojos prosternada, suspirando ansiosa por la realizacion de promesas infalibles, deje correr los vuelos de su esperanza para descansar en el eterno árbol de la vida perdurable. El hombre en el Oriente degenera de su religion y de su Dios, porque se le petrifica en la insultante doctrina de que, es más ó menos noble, más ó menos digno, más ó menos persona, segun que ha sido formado de los lábios, de los brazos, de los muslos ó de las plantas de su Dios mentido Brahama; la vida de tan erróneas creencias se alimenta con ridiculas encarnaciones como la de Vichnu, nívea figura de inocente niño; la de Scanda formada por el beso de las constelaciones, la de Minerba en el cerebro de Júpiter Olímpico al golpe rudo del hacha de Vulcano, la de Shiva perfumando con el ramo de flores que en sus manos lleva la cima del monte Himalaya, concepciones irrisorias que enturbian el depósito de la verdad, manchan el blanco armiño de la pureza, precipitando á el alma en vergonzosas corrupciones y desesperacion horrible; que cuando los pueblos, ciegos por el rayo de la idolatría, desconocen el mérito de la verdad y pierden la conciencia del sentimiento religioso, mueren renegando de la sociedad que les educa y del dios que les engaña.

Penetrad en aquellos templos orientales donde se adora á Indra, y allí vereis en confusion ridícula el cocodrilo, dios de las aguas; el águila, diosa de los espacios; á Mitrha, dios de los hechiceros. Ocultándose, como acosado por el remordimiento, el sacerdote, recita con voz apenas perceptible ciertas oraciones que el pueblo no tiene derecho á comprender; enciende con misterioso sigilo el fuego, coge al hombre destinado para el sacrificio, ábrele el vientre con la cuchilla sacrificadora, y arroja su corazon á la manchada ara, sin que á dolor le muevan las suplicantes miradas y los tristes ayes de la inocencia. Comparad esa religion que aniquila, ese sacerdote que mata, con aquellos sacerdotes presididos por María en el Cenáculo, dirigidos mucho tiempo despues por ella en las áridas empresas de la nueva propaganda, á quienes deja en su Asuncion la esperanza de seguirla si se le imita en sus virtudes; sacerdotes que, sin otro poder que su palabra, sin más apoyo que su fé, sin más acompañamiento que sus ideas, predicán por todo el mundo conocido que María, despues de una vida empleada en arraigar la doctrina de Jesús, su hijo, ha sido arrebatada por los ángeles al Empíreo, donde continúa su valiosa proteccion en favor de los necesitados; que todos pueden gozar de igual derecho á semejante gracia, porque ha llegado á la tierra el eco de los cantares divinos uniendo en místico lazo de oracion cristiana al rico y al pobre, al César y al esclavo; y la humanidad, sobrecogida, entusiasmada á vista de be-

neficio tan inmenso, cae de rodillas, eleva sus ojos al cielo, contempla á María laureada con diadema entretejida por los ángeles al penetrar triunfante en la mansion divina, bendiciendo entre raudales de lágrimas su cooperacion admirable en la obra redentora, que le abre el templo de la santa Iglesia, donde se embellece, se regenera, se purifica, se sublima, se diviniza el alma.

El suspirar continuo, aunque latente, de los pueblos, unas veces triste como el del moribundo, otras resignado como el del mártir, siempre doloroso como el del infortunio, se condensa en el bello ideal de una legislacion prudente y equitativa. Los pueblos como los individuos tienen su carácter y temperamento; el carácter de aquellos es la expresion del temperamento religioso; en toda sociedad religiosa de un pueblo, la ley es el pensamiento dominante de la nacion, el Gobierno la vida palpitante de esa ley; la civilizacion de cualquier país ha estado y estará siempre en razon directa de la rectitud de sus leyes y de la verdad de su religion; el catolicismo es el termómetro para medir la temperatura de aquella rectitud y de esta verdad; quita el culto católico, y habreis de colocar un tribunal en cada prision y un verdugo en cada calle. La secta de Euclides con el sistema de probarlo todo y no probar nada, Arístipo con el poder sensual, Antistenes con el desprecio de las ciencias, Leucipo con el ateismo, Pirron con su duda universal, Zoroastres con sus once preceptos, Solon con sus nueve, los druidas con sus diez, Ciceron con la variedad arrebatadora de su lenguaje, Licurgo legislando en Lacedemonia y Minos en Creta, no pudieron apagar el volcánico cráter en que se consumia la vida pagana; aquellas leyes y elaboraciones científicas no se inspiraban en la idea de un Dios único y eterno, en la inmortalidad del alma, responsable de la pasada vida en la futura, dogmas incontrovertibles del catolicismo, y no podian producir, como no produjeron, otro efecto que el de un calmante recetado al enfermo en el estertor de la agonía.

¿Podian, señores, ennoblecer una sociedad las leyes orientales, persas, indias, egipcias, pueblos bárbaros de Tracia, Libia y Scítia, griegas, espartanas y hasta de la misma Roma, cuya letra y espíritu engendran tiranía despótica relajacion nefanda, sumiendo á la mujer en cínicas costumbres autorizadas por la religion misma con lúbricas procesiones llamadas faleforías? ¿Podía el hombre congratularse ante aquellos humanitarios padres de la patria, que permitian á Polion el favorito de Augusto criar lampreas alimentadas con la carne de sus criados, ó bien celebraban como lo hizo Plinio, la generosidad del Emperador Trajano, porque solemnizaba su triunfo sobre los trácios, arrojando en el circo á la voracidad de las fieras 10.000 personas, y Tito para recordar el natalicio de su padre Vespasiano lo hacia con 3.000 hijos de Judea, y Claudio para saciar el hambre de aquel pueblo por las escenas sanguinarias, mandaba degollarse mútuamente 19.000 infelices sobre el lago Fucino? ¿Podía bendecir la memoria de aquellos equitativos legisladores que le consideraban por esclavo sin ley en India, condenándole á vivir para morir guerreando siempre en Pérsia, á ser venal como animal inmundo en Grecia, á tinter con su inocente sangre los altares de Babilonia donde se le mutila y degüella? ¡Ah hermanos míos, en el amor de Jesucristo! Con tan inhumanas leyes la inte-

ligencia no puede abrirse á ninguna generosa idea, ni el corazon á ningun noble sentimiento; las instituciones sostenidas por el brazo del crimen, desconocedoras de su caducidad inevitable, y las sociedades rendidas al letargo de tan impúdicos vicios, han de sentir más tarde ó más temprano el grito acusador de la conciencia ultrajada. De tan bárbaras costumbres no podia nacer la libertad de los pueblos, ni un cuerpo de derecho igualmente protector, como de corrompido lago no se pueden respirar perfumadas y saludables brisas.

La gangrena que corroía las entrañas de aquella situacion política, legislativa, moral y religiosa, no podia desaparecer sino con el cauterio de una realidad nueva de justicia inflexible que tragara la unidad de la especie humana, el juicio del hombre interno, del hombre espíritu, la nocion clarísima del derecho, la ineludible ley de la responsabilidad sin excepcion alguna. Maria fué la depositaria del divino tesoro de justicia, límpido cielo donde resplandeció el sol radiante de toda verdad, templo purísimo no fabricado por la mano de los hombres, donde se formó y humanó el Legislador supremo, y del que ella misma recibió la correspondiente ley para elevarse á las célicas alturas.

Sí, señores: María en el Misterio de la Encarnacion redentora, y en el de la Asuncion gloriosa, ha contribuido con una participacion activa y deliberada al principio de libertad que las naciones gozan, y á la promulgacion de una ley por quien la sociedad se civiliza.

El Verbo encarnándose en sus virginales entrañas y naciendo á la humana vida, es Dios eterno en el tiempo, revelacion amorosa del Espíritu divino á la entristecida humanidad, dogma consolador, que levantando al hombre de la abyeccion donde yacia, derrama en la copa de su vida sávia de regeneracion venturosa, haciéndole superior en grandeza y dignidad á todo lo creado; y en el misterio de la Asuncion, ese mismo Verbo, fuente primera de toda ley y derecho, por quien reinan los reyes de la tierra y los legisladores decretan las cosas justas, recompensa á la Vírgen, su Madre, con el singular privilegio de elevarla incorrupta, no solo para inmortalizar su nombre hasta la consumacion de los siglos, si que tambien para demostrar á la naturaleza humana que protegida por el amor de María, redimida con el sacrificio cruento del Calvario, sellada su libertad con la muerte del inmortal Hijo de Dios, perpetuado su derecho por el código escrito con la sangre del Cordero, sangre de Maria, ha colocado sobre su frente, hasta entonces escupida, corona más preciosa que de rubíes y esmeraldas, la corona del ennoblecido espíritu, porque tambien ha resonado hasta en lo más recóndito del globo el grito de libertad santa por la virtud, de igualdad ante Dios y los hombres por respeto á la ley, de bendita fraternidad entre los pueblos y naciones por el cariño de la caridad cristiana.

Realizacion venturosa presagiada intuitivamente por los Césares y Emperadores al permitir que los caballeros penetraran en el Senado donde no podian entrar, los plebeyos al órden euestre al que no podian pertenecer, los pueblos latinos al derecho romano del que no podian gozar, y los esclavos á la suspirada emancipacion de que se veian despojados. ¡Tiempos felices! Qué pronosticaban con el lenguaje de la ciencia, Ciceron burlándose de los dioses rotos al pié del Capitolio, la escuela alejandrina renegando de las doctrinas contin-

gentes, Platon instruyendo á sus discípulos en el principio de la inmortalidad del alma. Tiempos de misericordia y de justicia que el derecho empezaba á descorrer, cuando el Pretor corregia el espíritu severo de las leyes, endulzando la condicion de la mujer hasta entonces objeto de nefandos contratos, la condicion del hijo, hasta entonces oprimido con el poder absoluto del *pater-famillias*, absorcion de todos los derechos, como legislador con su lanza en las curias, rey sobre el trono de la familia, propietario con la piedra que en el campo arroja, pontífice ofreciendo libaciones á los dioses lares; y todos, Eminentísimo Señor, bajo la direccion de una idea para ellos desconocida, el jurisconsulto en el hogar doméstico, el Emperador en la sociedad, el filósofo en la ciencia, labraban las piedras angulares sobre quienes se levantaria el monumental grandioso edificio de la regeneracion social, filosófica y religiosa por el catolicismo. ¡La Iglesia católica!

Y como María y el catolicismo son inseparables, hasta el punto que si no puede existir derecho sin deber, religion sin caridad, sociedad sin amor, tampoco puede admitirse un catolicismo sin María, tanto que si ésta dejase de interceder un sólo instante por el acrecentamiento del catolicismo, y el catolicismo de inclinar hácia el bien el corazon de la sociedad, la sociedad, obedeciendo á la ley de gravedad moral, se hundiria tan profundamente como antes habia sido elevada; resulta que, si todo cuanto en el mundo subyuga la mente del filósofo, el corazon del artista, el pensamiento del legislador, el alma del poeta, publica con armonioso inestinguible eco la omnipotencia de Dios Jesús ascendido á los cielos; ensalza con no ménos gloria la omnipotencia cooperatriz, la omnipotencia suplicante de María arrancada por voluntad del Altísimo al sepulcro sin experimentar la general corrupcion de los engendrados, elevada á las regiones eternas en su merecida Asuncion, donde recibe entre arrobadoras armonías la eterna reverencia de los querubes, mientras que el mundo católico, uniéndose en espíritu á los angélicos cantares, abriendo su corazon al sentimiento de gratitud, bendice con toda la efusion de su alma á aquella Virgen que, durante su tránsito por esta tierra que pisamos la llenó de virtudes con la doctrina del ejemplo, la iluminó con sus miradas, la refrigeró con el dulce rocío de sus lágrimas, la santificó con sus agudísimos dolores, elevándola con su Asuncion á los grados de esperanza, de religion y ciencia á que se encuentra enaltecida.

Recopilemos: los divinos misterios de nuestra religion son fondo inagotable de consoladora enseñanza, necesitamos aprender, la inteligencia se encuentra enferma por falta de verdad, que es su alimento, y lo que más dificulta nuestra cura, ha dicho Séneca, es ignorar que estamos enfermos, *at ideo difficulter ad sanitatem qui ægrotare nescimus*. En el misterio de la Asuncion tiene la humanidad trazado el camino para llegar al cielo, la Iglesia maestra infalible, asistida por el Espíritu Paráclito, nos presenta á María cual centelleante faro que señala el puerto apetecido entre las agonizantes angustias del naufragio, escala misteriosa por la que podemos subir hasta el suntuoso templo de la Sion eterna, donde como el arroyo en el rio y el rio en el mar se pierda la impetuosa corriente de nuestra vida. La generacion presente,

heredera de pasadas glorias, debe la civilizacion que goza y la libertad que posee á la proteccion de María, al espíritu regenerador del catolicismo; los pueblos, cuando han abierto las válvulas de su corazon á la idea católica, en especial el pueblo español, han subido al mayor nivel de cultura, ensanchando á la vez las fronteras de su territorio, recordad que en el siglo XIII, cuando las ciudades de Italia nadaban en la abundancia, y los municipios de Flandes aventajaban en esplendor á la moderna Bélgica, y la Francia se hallaba en el apojeo de su grandeza, España florecia con Alfonso VIII en las Navas, con las órdenes militares de Alcántara bajo Alfonso VII, de Calatrava bajo Sancho III de Castilla, de Santiago, bajo Fernando II de Leon.

Los incrédulos al catolicismo, los indiferentes al culto de María, estudien y no olviden que cuando el hombre siente el abandono de los que le juraron fidelidad inquebrantable, cuando la traicion le acecha para ahogarle como el chacal á la inocente presa, y despreciado de todos llora en amargo consuelo los dias penosos de su mísera existencia, resistiendo al influjo de la desesperacion que quiere precipitarle en brazos de la criminalidad; no puede hallar, no, grato consuelo al sufrimiento, sino en el seno maternal de María, en los principios santos é invariables del catolicismo. Yo estudio con imparcial juicio esta nueva explosion de ideas, que cual antiguo diluvio, destruye los más sólidos edificios, y no veo en ellas más que delirios extravagantes, que cruzan como sombríos espectros por la noche oscura del error, y que pasan, dejando sangrienta huella, del pensamiento á la palabra, de la palabra al escrito, del escrito al periódico, del periódico al libro y del libro á las costumbres. ¡Oh ceguedad lamentable! Si en nuestros dias ciertas doctrinas socialistas, que llevan la destruccion de toda sociedad en el fondo, utópicas como el Emilio de Rousseau, filosóficas á lo Hegel, sensualistas á lo Condillac, cínicas á lo Voltaire, ateas á lo Holvach, idealistas á lo Berkeley, materialistas á lo Helvecio, pudieran ver á la verdad católica triunfando de las conmociones sociales, saliendo siempre incólume; desistirian de sus perturbadores empeños, como Juliano el Apóstata no hubiese intentado resucitar el paganismo ni encender de nuevo el fuego profano en el altar de Apolo, si su soberbia no le prohibiera contemplar á los bárbaros de rodillas ante Roma católica, á la Pitonisa rompiendo el trípode y arrojando lejos de sí el áureo tirso, á los sacerdotes desgarrando las vestiduras sagradas sobre la roca Torpeya, y á la cruz coronada de triunfos coronando tambien la cima del Capitolio.

Vosotros los que pertenecis al ilustre colegio matritense de procuradores, sois una prueba fehaciente de los adelantos científicos y sentimientos religiosos aportados á la sociedad moderna en alas del catolicismo; la antigüedad no veia en el pobre ni el objeto, ni el sujeto del derecho, en el mayor abandono, no podía cobijarse al amparo de la ley, ni encontrar quien le defendiese, todos huian de él como si su aliento matara cual la sombra de ciertos árboles de los trópicos; en los actuales tiempos vosotros les representais ante los tribunales de justicia, donde el abogado, inspirándose en los mismos sentimientos de caridad, pone de relieve ante la rectitud del tribunal el derecho de su cliente, consiguiendo sacar á flote la castigada barquilla de su legalidad. En



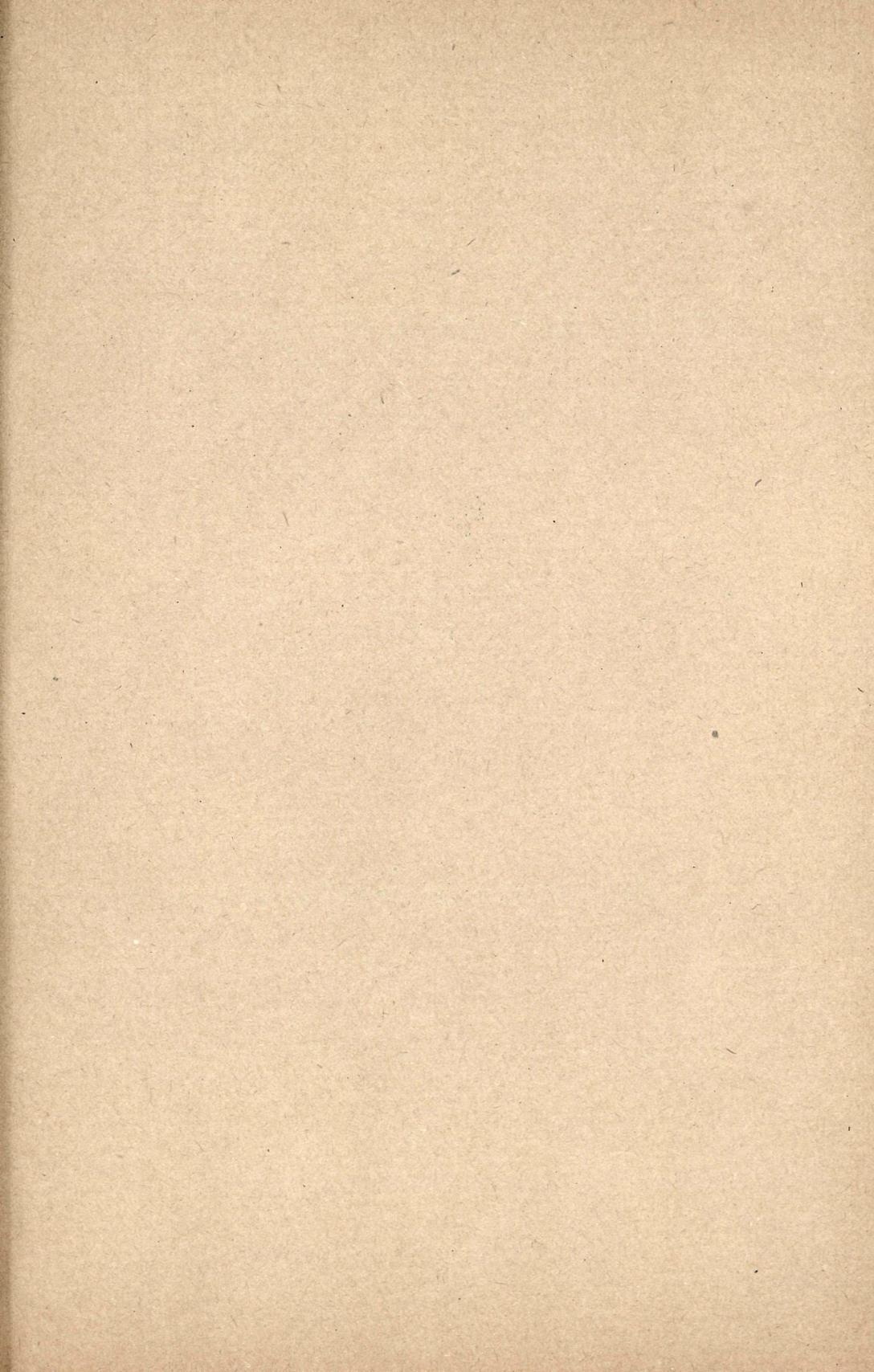
cinco mil causas habeis intervenido durante el pasado año, sufragando en algunas los indispensables gastos con vuestro propio dinero, por eso vuestra carrera es delicada en su mision, y grande en su obra, los móviles de las acciones humanas han de ser espirituales, propios de nuestra grandeza, porque si buscan tan solo su alimento en el oro, en la ambicion, en el egoismo, en algo extraño á las ideas de caridad y de justicia grabadas por Dios en nuestra alma, producen por necesidad obras caducas, de vida tan pasajera como la de aquellas flores que se desarrollan en un vaso.

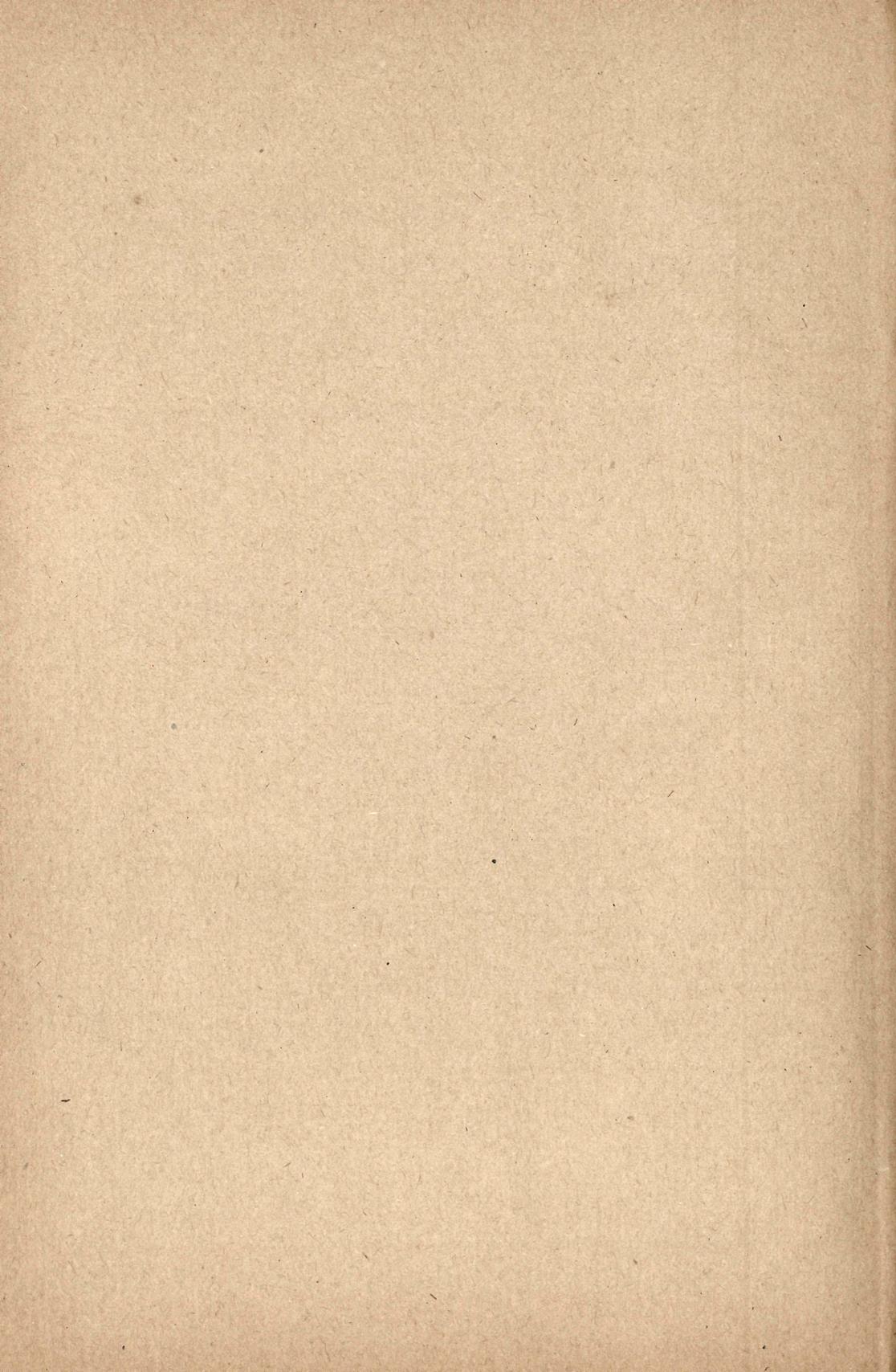
Continuad en tan laudable empresa, yo os lo suplico por el corazon amantísimo de esa Virgen á los cielos ascendida; trasmitid á vuestros sucesores la misma intachable conducta que lució en los que os antecedieron; ni uno solo ha sido envuelto en las páginas de proceso criminal: no faltarán tentaciones, sobrarán compromisos, pretenderán torcer con halagos la rectitud de vuestra conciencia; sobreponeos á tales imposiciones; luchad con fé y valor, que el triunfo es vuestro. El pueblo israelita conservó intacta la idea de Dios á despecho de Antioco intentando someterle á su carro vencedor, de los seleucidas con sus náyades y sirenas, de Alejandro con sus ideas de fusion universal, de los asirios conduciéndole cautivo por las márgenes del Eufrates, de los egipcios y sus religiones bautizadas con las aguas del caudaloso Nilo; conservad igualmente vosotros intacto el sagrado principio de justicia al través de los soberbios que nos oprimen, de los iracundos que nos denigran, de los ambiciosos que nos desangran, de los irreligiosos que nos envilecen; que si el pueblo de Israel mereció ver sobre la tierra, en premio de su constancia, al Mesías redentor, estad seguros de que, como recompensa á la vuestra, vereis á la Virgen en los cielos.

Purísima Señora, que en el misterio de tu Asuncion has recibido el coronamiento de tus virtudes, la gloria de tus gracias; en la inefable dicha que gozas, no olvides tu peregrinacion terrena, á los que tristes gemimos en el desolado valle donde tú tambien gemiste; convierte á nos tu hermoso rostro; tu angelical mirada ilumine todos los actos de nuestra vida: vos, Madre amorosa, sois el ástro refulgente que siempre alumbra, que nunca ciega; la misericordia inagotable que siempre crece, que nunca espira; la mano cariñosa que siempre cura, que nunca hiere. Virgen inmaculada, Concepcion del Eterno; cual la ofrenda de Abel, suba en raudo vuelo esta mi plegaria hasta el diamantino Trono en que te sientas; abra el mundo los ojos á la verdad católica, y los que niegan su juventud, perpétuamente lozana, mediten el acontecimiento grandioso de este año en los Estados-Unidos, donde con el pequeño óvolo de la clase proletaria se ha levantado gigantesca basilica en honor del catolicismo, valuada en noventa millones de reales, á cuya consagracion han acudido el Cardenal Macloskey, ocho Arzobispos, nueve Obispos y cuatrocientas jerarquías eclesiásticas; acontecimiento que ocupa la atencion de los hombres pensadores, heraldo marmóreo pregonando por do quiera que no ha llegado aun, que no llegará, porque no puede llegar, la persecucion suficiente á contener el crecimiento progresivo del catolicismo. Tu proteccion para el Sumo Pontífice Leon XIII que, cual centinela avanzado velando por

la tranquilidad de nuestras almas, ha dado la voz de alerta en su última grandiosa Encíclica *Æterni Patris* contra las huestes del error, recomendando la filosofía clara y pura del angélico Santo Tomás de Aquino; bendice al sábio purpurado, al Eminentísimo Cardenal Arzobispo de esta diócesis, que tanto se esmera por dar solemnidad y esplendor á tus religiosos cultos; sea tu imágen el ángel tutelar de nuestro Monarca Alfonso XII; inspira á sus Ministros en los árduos y difíciles problemas del Estado, para que todos, tras de haber cumplido como buenos en la tierra, merezcamos bendecirte como santos en el cielo.









Biblioteca Regional
de Madrid Joaquín Leguina



1345745